

JESÚS
LAPARRA

Poemas escogidos



Poesía



Editorial
Cultura

OBRA DE DOMINIO PÚBLICO

Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de Génesis Ramos
Editora en jefe: Denise Phe Funchal

Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala
Una publicación de Editorial Cultura 2023
editorialcultura@mcd.gob.gt

Poemas escogidos

JESÚS LAPARRA

BIBLIOTECA DIGITAL EDITORIAL CULTURA

| 07 |

El mundo

Dejadme en paz, mentidas ilusiones,
Dejadme en paz, encantadores sueños,
Pensamientos sublimes, halagüeños,
Hechiceras, angélicas.

Dejadme sola atravesar la vida,
Sola, con mi dolor y mi tristeza:
De espinas coronada mi cabeza
Y con el alma de frialdad henchida.

Dejadme en paz, bellísima esperanza.
No agites ya, mi corazón doliente:
Déjame ver con calma indiferente
El mundo material en lontananza.

Quiero admirar los cuadros diferentes
Que se presentan a mi fantasía,
Unos de alegre y plácida armonía,
Y otros de quejas tristes y dolientes.

Allá aparece la dichosa infancia,
Cándida y pura en apacible cuna,
Sin conocer pesar, ni pena alguna,
Cual una flor de celestial fragancia.

En amorosos brazos arrullada,
Envuelta en gasas y nevado armiño,
Goza feliz el material cariño,
Que Dios le diera al crearle de la nada.

¡Salve mil veces, tierno amor profundo,
Materno afecto, sacrosanto y bello:
Del corazón de Dios, dulce destello,
Único bien que existe en este mundo!

Único apoyo en la áspera carrera
De la senda funesta de la vida;
Pues es la madre angelical, querida,
El Genio que nos vela por do quiera.

Ella es la sola que deveras ama,
La que nos da la vida con su aliento,
La que nos da el amor, el sentimiento,
La que inocentes lágrimas derrama.

Pasa veloz, ¡oh, cuadro de mi mente!
Con tus bellos encantos y poesía,
Que ya veo en mi yerta fantasía
Otro grupo bellísimo, inocente.

Es la niñez alegre y bulliciosa,
Con sus juegos y plácida sonrisa,
Más pura que el suspiro de la brisa,
Entreabriendo el capullo de la rosa.

En esa edad el corazón palpita
Con sus sencillas, suaves ilusiones,
Sin conocer aún de las pasiones,
El fuego abrasador que le marchita.

Mas, ahí viene el tropel
De la juventud florida,
Entre ilusiones perdida,
Entre delirios de amor;
Llena de nobles pasiones,
Todavía el alma pura,
Corre a buscar la ventura
En un mundo corruptor.

Con un fantasma en la mente
Que llaman felicidad,
El joven con ansiedad
Sueña que le va a encontrar.
Incauto se precipita
Siempre tras una ilusión.
Palpitante el corazón
En un continuo soñar.

¡Pobre joven! Sueña, sueña,
Mientras que puedes soñar;
Que ya te irá a despertar
Algún agudo dolor.
Sueña, mientras puedas creer
Que cada hombre es un hermano:
Que toma tu franca mano
Con dulce, fraterno amor.

Sueña, que es la edad feliz
De creer con ferviente ardor,
Que en algún ideal amor
Está la felicidad.
Antes que venga el engaño,
La falsedad, la traición,
A destrozar tu ilusión
Con la triste realidad.

Porque, en el mundo
Todo es mentira,
Todo respira
Perversidad.
Y tú, no sabes,
¡Pobre inocente!
Que entre la gente
De sociedad,
Todo es palabras,
Todo ficciones,
Adulaciones,

Urbanidad:
Todo es comedia
El social trato,
Todo aparato,
Nada verdad.
Unos engañan
Por interés,
Otros tal vez
Por diversión;
Representando
Falso papel,
¿Podrá ser fiel
Un corazón?
De las pasiones
Viles, sin nombre,
Juguete el hombre
Viene a perder.
El brillo dulce
De la razón.
Y el corazón
A corromper.
El falso orgullo,
La negra envidia
Y la perfidia,
Van a empañar,
La bella esencia
Del alma pura,
Que en sombra oscura
Se ve tornar.

Y la ambición,
Y la venganza,
Que nada alcanza
Nunca a saciar:
Hórridas fieras,
Que sed mantienen.
Y al hombre vienen
A devorar.

Este es el mundo halagüeño.
Joven donde vas a entrar.
Con tu divino soñar
Y tu tierno corazón.
¡Infeliz! Pones la planta
Lleno de noble pureza,
En un caos de vileza,
De crimen, de maldición.

Y tus bellas ilusiones
Allí van a sucumbir,
Cuando empieces a sentir
Los golpes de la traición:
Que, a veces al sabio enseña
La dolorosa experiencia,
La dura y amarga ciencia.
La saludable lección.

Para cruzar el camino
Borrascoso de la vida,
Cual pobre nave perdida.
Sin velamen, sin timón...

Pero pasa juventud.
Con tu ruidosa alegría,
Que, temblando el alma mía,
Divisa un cuadro de horror.
¡Ahí las víctimas vienen
De los vicios detestables,
Entre harapos miserables,
Entre el llanto y el dolor!

Viene el ebrio blasfemando
Con su semblante asqueroso,
Sintiendo el gas espantoso
Y pidiendo más licor.

Y el asesino con fiera.
Torva mirada, infernal,
Clava el sangriento puñal
En su hermano con furor.

Viene ahí la esposa infame,
Cruel, hollando con el pie,
La eterna sagrada fe,
Que jurará en el altar.

Viene la madre maldita.
Con el crimen en la frente,
Que al infeliz inocente
Al Limbo acaba de echar.

Viene la mujer perdida,
Sacrificándole al oro
Su hermosura, su decoro,
Su corazón, su virtud.
Sin pensar que, en la vejez,
Llegará el remordimiento.
¡Hambre, enfermedad, tormento...!
¡Y después, el ataúd!

Viene el jugador botando
De sus padres el haber.
O de la infeliz mujer
Que por esposa tomó;
El brutal enamorado,
Sin honor y sin conciencia,
Pervirtiendo la inocencia,
Que sin piedad engañó.

Buscando a quien despojar,
El ladrón y el usurero,
Por interés del dinero,
Mil delitos cometiendo.

En fin, veo al perezoso,
Con el rostro macilento,
Un miserable alimento,
De puerta en puerta pidiendo.

Pasa, visión espantosa,
Que mi alma está amedrentada:
Quiero volver la mirada
A la bondad y honradez;
Y contemplar con delicia,
Del hombre justo y virtuoso
El apacible reposo,
La venerable vejez.

¡Ahí se acerca un hombre respetable,
Cuya benigna mano se ha ocupado,
En enjugar el llanto al miserable,
Y el bien y siempre el bien ha practicado!

Su mirar dulce, su sonreír afable,
Grato consuelo presta al desvalido,
Y disfruta la calma inalterable,
Del hombre, que a sí mismo se ha vencido.

Semejante al hermoso astro del día
Lentamente a su ocaso va llegando:
La muerte viene ya, la tumba fría,
Su despojo terrestre está esperando.

Pero tranquilo, con serena calma
Ve acercarse el fatídico momento:
La muerte espera sin angustia su alma,
Sin amargura, sin remordimiento.

Y este es el mundo, que en mi triste
Contemplar quise, y vi con sentimiento.
Falsos placeres, sueños solamente,
Pasiones, vicios, lágrimas, tormento.

¿En dónde existe, pues, la ideal ventura?
¿Dónde no hay penas, ni dolor profundo?
En lo interior de la conciencia pura,
Que no ha manchado el lodazal del mundo.

Un recuerdo

Bello, caro recuerdo delicioso,
Aún te presentas, lleno de alegría,
Dulce, como la plácida armonía
De algún sonido tierno y melodioso.

En mi mente refleja venturoso
El tiempo grato de la infancia mía,
Cuando yo era feliz y sonreía
Con el reír de los niños tan dichoso.

¿Mas dónde estás, feliz edad primera,
Inocente existencia sin dolores,
Cuando un hermoso porvenir se espera,
De espléndidos y mágicos colores?
Pasaste, como un sueño afortunado,
¡Y sólo tu memoria me ha quedado!

La visión

Pasas, dulce visión,
Encantadora y bella
Cual fúlgida centella
De fuego abrasador:
Pasas, y aquí en mi mente
Queda tu imagen pura,
Radiosa de hermosura,
De inspiración, de amor.

Pasad como el meteoro
Espléndido y divino,
Cual genio peregrino,
Criador de la ilusión.
¿Serás el sueño grato
Que arrulla el alma mía?
¿Serás la simpatía,
Que endulza el corazón?

¿Serás acaso el ángel
De las tempranas flores,
De los castos amores
De la felicidad,

Que pasas a dejarme
Un encanto risueño,
Un recuerdo halagüeño,
De ti, en mi soledad?

Un pensamiento dulce,
Una idea agradable,
Un placer inefable,
¿Sublime sin igual?
Pero ¿quién eres tú,
Que, sin saber por qué
Al verte yo no sé
Que siento de inmortal?

Ni eres amante mío,
Ni eres mi amigo amado
Ni mi padre adorado,
Ni mi hermano querido;
¿Por qué, pues, tu mirada
Brilla dentro de mí?
¿Por qué pienso yo en ti?
¿Y por qué no te olvido?

Y tienes tu morada
Aquí, en mi fantasía,
Y toda el alma mía
Te rinde adoración,

Contigo el pesar huye
Y viene la alegría:
¿Serás, pues, la poesía,
La bella inspiración?

Enigma incomprensible,
Ángel, hombre o mujer,
¿Quién te dio ese poder
Sobre mi corazón?
Yo no te quiero amar.
Y suspiro por ti,
¿Cómo te llamas, di?
¡Serás confrontación!

Dicen que así te llamas,
Y que eres muy temible,
Que al corazón sensible
Atas ¡Dura prisión!
¡Ah! Yo temo tus lazos,
Nomás te quiero ver,
Pues libre quiero ser
¡Engañosa visión!

Las lágrimas

Hay lágrimas comprimidas.
Que en el corazón cayendo,
Son gotas de lava ardiendo,
Que en el silencio vertidas,
Tras una risa escondidas,
Con fatídica inclemencia,
¡Hieren con dura violencia!
Y sin que lo sienta el mundo,
Matan de dolor profundo,
Y destruyen la existencia.

La creación del Universo

Allá, en su excelsa eternidad estaba
Solo el Señor, gozándose en sí mismo,
Y de la nada el insondable abismo,
Con finita compasión miraba.

Y su Divina Majestad sagrada,
En su consejo soberano, piensa
¡Sacar la espléndida creación inmensa,
De aquella misma, miserable nada!

«¡Hágase!» dijo el Dios de la grandeza:
¡Tembló la nada a su palabra santa!
¡Tendiéronse los cielos a su planta,
Los ángeles bajaron la cabeza!

«¡Gloria al Señor!» primera vez cantaron
Mil ejércitos de ángeles, más bellos,
Que del sol los magníficos destellos,
Y a los pies del Eterno se postraron.

Mas, ¡ay!, que entre esos ángeles hermosos,
Muchos que por soberbios se perdieron,
¡Más veloces que el rayo descendieron,
Del cielo a los infiernos espantosos!

En tanto, que los vastos elementos,
Se formaron también, en el instante;
Se derramó la bella luz radiante,
Y comenzaron a silbar los vientos.
«¡Hágase!» dijo el Dios del Poderío,
Y el estupendo firmamento creando,
Las cristalinas aguas, apartando,
Puso una gran porción en el vacío.

Y sacudiendo su profundo seno,
Brotó la nada el rayo y las centellas.
¡Y en las entrañas de las nubes bellas,
Sonó el terrible, fulminante trueno!

«¡Hágase!» dijo el Todopoderoso:
Las aguas de los mares se juntaron,
Sus encrespadas olas levantaron,
¡Y resonó el retumbo estrepitoso!

Las plantas de la tierra aparecieron,
Los ríos y las fuentes circularon,
Y los sombríos bosques se formaron,
Y los campos de flores se vistieron.

«¡Hágase!» dijo el Dios Omnipotente:
Y brillaron la luna y los luceros,
Y el sol, con sus ardientes reverberos
Majestuoso asomó por el Oriente.

De la noche las sombras tenebrosas.
Se apartaron del bello, claro día:
Se crió el calor, la blanca nieve fría,
Y las cuatro estaciones asombrosas.

«¡Hágase!» dijo el Dios de los portentos:
Conmovidos los mares, retumbaron,
Los peces en el acto se formaron,
Guardando los divinos mandamientos.

Y se escuchó la dulce melodía
Con que las aves, por la vez primera,
Cantaban en el bosque y la pradera,
La rutilante luz del claro día.

«¡Hágase!» dijo Dios: y hechos fueron,
Los reptiles y bestias de la tierra,
¡Y cuánta maravilla el mundo encierra,
A la voz del Señor, todas se hicieron!

Estando el Universo ya concluido,
Mirándole el Creador, se complacía;
Pero faltaba un rey a quien quería
Favorecer, como a hijo muy querido.

Y el Hacedor de maravillas tantas,
Sin origen, sin fin, de gloria lleno,
El Dios de las borrascas y del trueno,
Que la honda eternidad tiene a sus plantas...

Y ante el acatamiento Soberano
De su Divinidad Omnipotente,
Es el vasto Universo, solamente,
Un pequeño juguete de su mano...

El Señor de la Bienaventuranza,
De Majestad inmensa revestido,
Dice: «hagamos al hombre» conmovido,
«A nuestra imagen y semejanza».

Y ese Dios, de la gran magnificencia,
A un puñado de polvo da figura,
Le infunde con su aliento el alma pura,
Y el bello Adán se postra en su presencia.

¡Gloria eterna al Señor de las criaturas!
Cantó Adán, asombrado, enternecido,
Y el Universo entero, estremecido,
Repite: «¡Gloria al Dios de las Alturas!»

No contento el Señor con criar al hombre,
Y regalarse la Creación entera,
Le dio esposa, ¡oh, dolor!, fue la primera
Que cometió la iniquidad sin nombre.

Ella arrastra a su esposo en el delito,
Cayó Adán, ¡oh, desgracia lamentable,
Que atrajo la justicia formidable
Del Altísimo Juez, Santo y bendito!

Del bello Paraíso que habitaban,
Cual dos ángeles llenos de hermosura,
Y en un mar de delicias y ventura,
La gracia del Señor, en paz gozaban.

De ese jardín bellísimo de flores,
Adán y Eva salieron al momento,
¡A este valle de llanto y de tormento,
De amargura, suspiros y dolores!

La miseria

¿De qué me sirves, mísera poesía
Si eres el grito de la desventura...
El hórrido estertor de la agonía
De una infeliz, que muere de amargura?

Ya siento que la vida se me acaba
De tanto padecer a toda hora;
Pues la miseria, como ardiente lava,
Me destruye, me hiere, me devora.

En otro tiempo, yo canté las flores,
El perfumado soplo de la brisa,
Del iris, los magníficos colores,
Y del alba la plácida sonrisa:

Las encrespadas olas de los mares
La tempestad, el fulminante trueno,
De las aves, los poéticos cantares
Y el firmamento, de luceros lleno.

El anchuroso y azulado espacio,
El rutilante sol en el Oriente,
Con sus celajes de oro y de topacio,
Y de la luna serena frente.

Canté la bella juventud, lozana,
Y la graciosa, inmaculada infancia,
Más pura que la flor de la mañana,
Que en el pénsil, derrama su fragancia.

Ahora, las cuerdas de mi lira, rotas,
¡Ay! sólo exhalan lúgubre gemido,
¡Y de mi llanto las amargas gotas
Hacen temblar mi corazón herido!

Del infortunio entre la garra fiera,
Víctima siempre del fatal destino,
Hondo martirio encuentro por doquiera,
Negros abrojos, penetrante espino.

Mas, si queréis que la tremenda carga
De los trabajos lleve, Dios inmenso,
Hasta morir bebiendo hiel amarga:
¡Recibidla, Señor, cual puro incienso!

El sueño

Soñé que era feliz: una esperanza
Dulce, se deslizaba por mi mente,
Y el placer más supremos e inocente
Sentí en mi corazón.

Yo vi un risueño, cuadro silencioso,
Reflejarse en mi yerta fantasía,
Y extasiada mi alma, se mecía
En tan bella ilusión.

Yo columbraba un porvenir de flores,
Una existencia alegre y venturosa:
En mi sueño feliz, gocé dichosa
La gloria del Edén.

Yo vi un hermoso Genio, tutelar,
Encantador, como la madre mía,
Y soñaba que afable me decía:
 «Pobre huérfana, ven:
Yo enjugaré tu doloroso llanto,
Yo arrullaré tu triste corazón,
Y te daré la noble inspiración
 De practicar el bien».

Al contemplar su frente majestuosa,
Al escuchar su melodioso acento,
Un elevado, heroico pensamiento
 Coronaba mi sien.

Vi con horror el corrompido mundo,
Me estremecí de celestial ternura,
E idolatré la imagen casta y pura
 De engañosa visión.

Cuando infeliz desperté,
Entre la cruel realidad,
Atroz perfidia y maldad,
¡Ay! espantada, encontré.

La música

Desciende del Parnaso venturoso,
Musa de lo sublime, de lo ideal:
Ven, que suene tu voz angelical,
Canta de mi entusiasmo, lo grandioso.

De la Música un golpe melodioso,
Grato, como la risa maternal,
Me hizo sentir que mi alma es inmortal,
Y de placer tembló mi pecho ansioso.

Yo, extasiada con el dulce acento
De los preludios que oía resonar,
Creí ver de par en par el firmamento,
Y al Eterno en su trono divisar;
Mas, ¡ay! cesó el sonido encantador,
Y yo volví a este mundo de dolor.

La memoria

Hay un santuario sagrado,
Un bello templo sin nombre,
Que lleva consigo el hombre,
Donde se guarda el pasado;

Una potencia divina,
Escribe dentro del alma,
Cuadros de plácida calma,
Cuadros de luz diamantina.

Cuadros de inocencia pura,
De amor y pura ilusión,
Y cuadros de maldición
Y de amarga desventura.

Cuadros de felicidad
Y de fantásticos sueños,
Deliciosos, halagüeños
Y de triste realidad.

Cuadros, en fin, de la vida,
De diferentes colores,
De sonrisas, de dolores,
De creencias y fe perdida.

Y toda la larga historia
Del mísero hombre infeliz
Con indeleble matiz,
Se retrata en la memoria.
Y esta celeste potencia
Nos trae cada momento,
El grato, el amable acento
Del bien que roba la ausencia.

Que desde el confín del mundo
Al punto le hace venir:
Quizá le vemos sonreír
O lanzar un ¡ay! profundo.

Ella, descorriendo el velo
Que esconde el triste pasado,
Nos trae al objeto amado,
Cual un ángel de consuelo.

Vemos las tiernas miradas
Y los semblantes queridos,
De aquellos seres perdidos,
Dentro las tumbas heladas.

Al huérfano hace escuchar
La sublime despedida,
Que una madre bendecida
Le dejará al espirar;

Y la última voluntad,
O mandato respetable
De su padre venerable,
Al irse a la eternidad.

Nos repite del hermano
Las palabras cariñosas,
Y las horas venturosas
De otro tiempo ya lejano.

Evoca los juramentos
Del amante y del esposo,
El desengaño penoso,
Las quejas, los sufrimientos.

Trae el placer y las penas,
Y de los más tiernos lazos,
Trae también los pedazos
De las destruidas cadenas.

Dulce y plácida memoria
Que al hombre sigues do quiera,
Déjame en paz, cruel quimera,
Sombra vana e ilusoria:

Déjame, memoria viva,
No me hagas más padecer,
Que ya siento desprender
Una lágrima furtiva,

Y en mi mejilla rodar
La lágrima, y un suspiro
Dentro el aire que respiro,
Siento a mi labio asomar.

Porque la dicha pasada,
Que el tiempo se arrebató,
Fantasma fue que se hundió,
Dentro la insondable nada.

Y el tiempo que ya pasó,
No puede retroceder,
Porque en su eterno correr
Nunca los pasos volvió.

Mi numen

No soy poetisa, lector:
Es mi numen la amargura,
Mi musa, la desventura,
Mi inspiración, el dolor.

Nunca en la castalia fuente
Se humedeció mi garganta,
Y si es mi ignorancia tanta,
Serás conmigo indulgente.

Careciendo de instrucción
Para formar un soneto,
Una décima, un cuarteto,
Escribo por afición.

Jamás resonó en mi oído
De Erato el dulce cantar,
Y sólo puedo imitar
Del cuervo el ronco graznido.

Jesús Laparra

Nació en Quetzaltenango en 1820. Hija mayor del matrimonio Laparra Reyes, queda huérfana de madre a los diecisiete años. Asume el cuidado de su hermana Vicenta, once años menor que ella. Por ajustes políticos de la época, la familia Laparra se desplaza hacia Comitán, Chiapas, donde Jesús funda una escuela de formación doméstica y artística para señoritas. A su vez, instruye a su hermana Vicenta en el cultivo de las artes y la lectura. Tiempo después la familia Laparra retorna a Quetzaltenango donde Jesús se incorpora a la vida periodística y literaria local. Para entonces, Vicenta se une a su hermana Jesús y juntas fundan en 1885 el primer periódico feminista de la época *La voz de la mujer*. Por su lado, Jesús desarrollaba su voz poética orientada a temas religiosos, filosóficos y amorosos. Destacan sus *Ensayos poéticos* (1854), *Decenario del niño Jesús* (1880) y *Ensueños de la mente* (1884). Jesús Laparra falleció en la Ciudad Capital en 1887.

Contenido

| | |
|--------------------------------|----|
| El mundo | 4 |
| Un recuerdo | 14 |
| La visión | 15 |
| Las lágrimas | 18 |
| La creación del Universo | 19 |
| La miseria | 24 |
| El sueño | 26 |
| La música | 28 |
| La memoria | 29 |
| Mi numen | 33 |
| Acerca de | |
| Jesús Laparra | 34 |



Editorial
Cultura